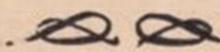


inv

PUBLICACION DE LA SOCIEDAD DOMINICANA DE PRENSA

LAS ACUSACIONES CONTRA
TRUJILLO

POR
J. PENZINI HERNÁNDEZ
De *El Universal*, Caracas



Assault by Slander

BY
J. PENZINI HERNÁNDEZ
of *El Universal* of Caracas

Ciudad Trujillo,
República Dominicana
1956

BN
PE

Cortesía del Archivo General de la Nación

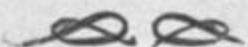


PUBLICACION DE LA SOCIEDAD DOMINICANA DE PRENSA

LAS ACUSACIONES CONTRA TRUJILLO

POR

J. PENZINI HERNÁNDEZ
De *El Universal*, Caracas



Assault by Slander

BY

J. PENZINI HERNÁNDEZ
of *El Universal* of Caracas

Ciudad Trujillo,
República Dominicana
1956

BN
PR



BN
P

BN
320
PH19a
c-1

CARACAS, Septiembre 1956.— Los dos tifones políticos más violentos de los últimos tiempos han partido de las costas de Nueva York y de Cuba hacia el Caribe contra el gobierno de la República Dominicana. El blanco de las acusaciones es la persona del Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, el hombre-defensa del sistema insular del norte de América. El caso de Cuba contra Santo Domingo no es de pugna entre pueblos sino entre hombres. Otros dicen que es una guerra de "azúcares" porque la producción y la exportación dominicana rivalizan ya las de Cuba. El caso de Nueva York es distinto. Es una ofensiva de prensa coordinada y asalariada de un conjunto de grandes diarios trasmitiendo noticias y revelaciones sensacionales, con fines de confusión política y sin importarles la verdad ni la seriedad de los hechos, donde florece la injuria y la difamación como aliciente periodístico, lo que en otras ocasiones el General Juan Perón ha calificado acertadamente de avalancha de las "grandes agencias en cadena". El sovietismo es por lo regular el motor furtivo que mueve esa red gigantesca de mistificaciones y, por lo mismo, como injerto artificial en el sentimiento nacional norteamericano, nada le importa y duele el respeto internacional a las otras naciones americanas

ni tampoco la devoción por la unidad y la solidaridad de nuestro Continente.

En Cuba, a través de querer hacer daño al Generalísimo Trujillo, está emprendida una campaña permanente de ataques al gobierno dominicano. Las reglas más comunes de cortesía de la diplomacia prácticamente son desechadas y la Cancillería cubana toma hábilmente sus decisiones de una manera consona con la opinión de un grupo de Senadores y funcionarios de franca oposición a las relaciones con el Estado dominicano. La prensa ha difundido la denuncia de Senadores cubanos, encabezados por Rolando Masferrer; y este Senador, con todo y ser miembro dirigente de un Poder del Estado Cubano, no se excusó de ir a la televisión para hacer el anuncio de una invasión trujillista, de acuerdo con el sobreconocido doctor Prío Socarrás, enemigo manifiesto de Batista, buscando despertar odios entre los pueblos y los gobiernos de ambos Estados. Por la radio y la prensa cubanas el desafuero del lenguaje contra el gobierno dominicano y Trujillo supera todos los límites de las más elementales normas de la buena educación y del buen trato entre naciones. Ultimamente, en la convención de trabajadores de la O.I.T. se quiso expulsar de su seno a los representantes obreros dominicanos por el solo hecho de ser de esta nacionalidad. El gobierno de Batista mal que bien deja hacer sin medida y con su abstinencia de acción, ante el ataque a otro gobierno americano, en cierto modo auspicia ese movimiento insurreccional de los otros poderes del Estado cubano y, desde luego, el proceso diplomático tiene a interrumpir sus vías de derecho y a provocar cualesquiera vías de hecho. De este *casus belli* todos

se aprovechan para fomentar la anarquía y pescar en río revuelto. Los propios enemigos de Batista, desde México, dirigidos por Fidel Castro, le censuran sus vacilaciones frente a Santo Domingo y le piden acción beligerante. Y no se sabe cuando el Gobierno de Batista resuelva a detener esas agresiones de amigos y enemigos contra Santo Domingo que se van sucediendo al margen de las propias leyes nacionales y de aquellas que rigen las seguridades de una ordenada comunidad internacional.

Desde Nueva York, también con el único propósito de dañar y desfigurar la personalidad del Generalísimo Trujillo y causar perjuicios económicos y morales al gobierno dominicano, salen a circular por el mundo las más oscuras leyendas y las más patéticas informaciones cablegráficas. En Nueva York existe y tiene actividades públicas un centro de oposición anti-trujillista, el Partido Revolucionario Dominicano, o mejor, podría decirse una especie de otro gobierno, con todas e iguales garantías que los propios representantes diplomáticos y consulares del gobierno dominicano. Se hacen manifestaciones colectivas, se vocifera en la prensa y aún se ejerce coacción física y moral sobre Franklin D. Roosevelt, hijo, quien ejerce la representación legal de los intereses de la República de Santo Domingo. Desaparece el Profesor Jesús de Galíndez, sobre cuyo suceso existen diversas versiones y oscuras situaciones en relación con la vida y andanzas de este enigmático emigrante vasco y la prensa neoyorkina se hace eco activo de las acusaciones de la oposición política que le imputa a Trujillo la ejecución de esta misteriosa ocurrencia. Se le da en la prensa un interés tal vez heroico y sobreestima-

do al libro truculento, mal escrito y pobre de ideas y de conceptos sociales presentado como tesis en la Universidad de Columbia por el Profesor Galíndez y el libro no pasa de ser un libelo incendiario al estilo de los panfletistas demagógicos del antiguo liberalismo francés y español y que no le hace honor a un hombre y menos a una Universidad. La historia americana está llena de esas marmitas explosivas del odio político y las vehemencias partidistas. Bien la califica el mismo Generalísimo Trujillo con el pintoresco signo comunista de "operación Galíndez", surgida sin motivo, dada la inevitable aparición del libro, en el preciso momento de inaugurarse de manera coincidente la exposición Feria Internacional de la Paz en Santo Domingo que iba a atraer gran afluencia de opinión y de turismo norteamericanos sobre la nación. Y, precisamente, toda la armadura ilícita del drama de Galíndez y de la odisea de su libro reposa sobre la complicidad y la falta de consideración a la buena fe americana que revela esa cooperación voluntaria de la prensa estadounidense.

Los pueblos de América no pueden seguir envueltos así en medio de conjuraciones y de ultrajes a sus gobiernos por una prensa y una opinión pública que no tienen autoridad ni participan de soberanía en el continente. Nueva York es el centro sórdico de ese nuevo filibusterismo de la época. No es tan solo delito internacional la piratería, la trata de blancas, el comercio de estupefacientes, el gansterismo y otros hechos reprobados por los principios fundamentales de toda sociedad civilizada. También es delito internacional, y aún en mayor grado, la ingerencia y la obstrucción en el libre uso de la soberanía de un pue-

blo y en el respeto legal de su forma de gobierno y del buen nombre de sus gobernantes. Todas nuestras legislaciones internas, inspiradas en normas generales y morales del Derecho de Gentes, castigan como delito internacional reclutar soldados, acopiar armas, formar juntas y preparar expediciones en el territorio nacional contra otro Estado y todo cuanto vaya material y moralmente contra un gobierno y el Jefe de una nación extranjera. Quienes violan estas previsiones legislativas coinciden o cooperan en uno de los principales objetivos del comunismo, cual consiste, según Herbert Brownel, Procurador General de los Estados Unidos de América, en su discurso pronunciado en la Conferencia del Colegio Interamericano de Abogados de Dallas, “en dividir a los gobiernos y en crear la desconfianza y el resentimiento entre ellos”. Así se practica en América lo que Durkheim llamó “guerras encubiertas” de unas naciones contra otras en tiempos de paz. El internacionalista Vespasiano Pella lo califica de influencia de “elementos activos” del chauvinismo del sentimiento patriótico y el mismo Bismark lo denuncia como “pequeñas minorías” que se dan las manos para el negocio particularista de las diferencias de gobiernos y de guerras entre las naciones. Nosotros no ponemos ni quitamos rey ni ley. Delito internacional es “toda acción a omisión contraria al ideal de la comunidad de los Estados y que viole las condiciones fundamentales del orden internacional”.

Los ejemplos de Nueva York y de Cuba, en ese sentido, nada tienen de dignificantes ni de educadores. El materialismo de la prensa no puede traspasar los límites señalados por los tratados y las leyes entre

naciones. No es un buen modelo para ser copiado en América un Mister Truman vomitando odios de bajos fondos sociales en las campañas presidenciales de los Estados Unidos. La democracia es cultura y selección moral que está ausente de los grandes diarios norteamericanos cuyas normas de propaganda colindan con los antros más oscuros de las violencias totalitarias. Indudablemente, como dice Jackes Driencourt, la propaganda es una nueva fuerza política, cuando se dirige a crear y a orientar la opinión en un sentido elevado y constructivo, pero desgraciadamente el realismo utilitario está por sobre toda consideración en ese orden de principios y como él dice: "el interés es una de las cuerdas más sensibles del alma norteamericana". De Cuba nada podemos agregar. Lejos, muy lejos del verbo y los ideales de Martí está la literatura política; y la licencia en las palabras y en los hechos le han quitado toda belleza y toda emoción a la fuerza espiritual de la libertad del pensamiento.

Assault by Slander

BY
J. PENZINI HERNANDEZ
of *El Universal of Caracas*

CARACAS, September, 1956.— The two most violent political tempests of recent years have been sent from the coasts of New York and Cuba into the Caribbean and aimed at the Dominican Republic. Target is the person of Generalissimo Rafael Leonidas Trujillo, the one-man defense of the island system in that area. In the case of Cuba the dispute is not between peoples but between individuals. Others say it is a "sugar war" because Dominican production and exportation of that product already rival Cuba's. But the situation is different in the case of New York. There it was a press offensive, coordinated and subsidized, launched by a group of large dailies who published a series of sensational stories with no other intent than to create political confusion. Those newspapers completely ignored the truth and the serious nature of the charges they were making. It was a flourishing of the defamation with intent to injure, the avalanche tactics, which Juan D. Perón laid to the doors of "the great news service chains". The Soviets, as usual, are the guiding force behind this gigantic web of mystifications. And, naturally, in their campaign to artificially inoculate the thinking of the people of North America they care nothing for the international respect due other American nations

nor are they interested in preserving the unity and solidarity of the hemisphere.

In Cuba, besides wishing to do injury to Generalissimo Trujillo, a permanent campaign of attacks against the Dominican Republic is underway. The most common rules of diplomatic courtesy have been broken. The Cuban chancery takes its cue from a group of senators and other officials who are in frank opposition to having any relations with the Dominican state. The press has widely publicized the denunciations made by that group of Cuban senators headed by Rolando Mansferrer. There can be simply no excuse for the latter, a leader in the governing power of the state, to sink so low as to go on television to announce an impending invasion of Cuba by trujillista forces in alliance with the too-well-known Dr. Carlos Prío Socarrás —the obvious enemy of Batista. Mansferrer sought only to arouse hatred between the peoples and governments of both countries. The type of language used over the Cuban radio and in the press to denounce the Dominican government and Trujillo transgresses on the most elementary rules of good vocabulary usage besides exceeding all limits in the treatment of one nation by another. Recently at the convention of the O.T.T. in Havana, an attempt was made to expell the Dominican labor representatives on no other grounds than their nationality. Batista, by his lack of action in facing up to the elements of his government who are attacking another American government, has, in a sense, backed their movement. This, of course, has tended to disrupt the channels of normal diplomatic intercourse between the two countries. It has provoked a situation

lending itself to anarchy and ideal for those who would fish in troubled international waters. Even Batista's own enemies such as Fidel Castro in Mexico have attacked him for his vacillation concerning Santo Domingo and have demanded belligerant action. No one knows when Batista will finally call a halt to the aggressive flourishes against Santo Domingo by both his friends and enemies. Those verbal attacks have already passed beyond the limits of domestic law and even that governing the security of an orderly international community.

From New York, with a similar desire to injure and disfigure the personal standing of Generalissimo Trujillo, has poured a stream of the most obscure fantasies, of pathetically distorted cabled information. It also has as its goal the creation of economic and moral repercussions against the Dominican government. In New York is located the center of anti-Trujillo activity, the Dominican Revolutionary Party, a group that operates publicly. This group has actually almost attained the stature of another government and enjoys equal privileges with the diplomatic and consular representatives of the regular government. It makes mass demonstrations, its voice is heard loudly and vociferously in the press, it even brings moral and physical pressure to bear on Franklin D. Roosevelt Jr., who handles the Republic's legal representation in the United States. With the disappearance of Jesús Galíndez, an event about which there are as many theories and versions as there are stories about the life of the enigmatic Basque immigrant, the New York press promptly echoed the charges of the anti-Trujillistas that



mystery can be laid to the door of the Dominican statesman. That press conceived the most heroic interest in the truculent book written by Prof. Galíndez as his doctoral thesis at Columbia University —a book so poorly written and impoverished of ideas, so loaded with libel and demagoguery in the style of nineteenth century French and Spanish liberals, that it is incredible that it would be honor to an ordinary individual, let alone a university.

American history is full of these tempests-in-a-teapot explosions of political hate and political savagery. Justly has Generalissimo Trujillo himself labeled this episode “Operation Galíndez”, a Communist operation, planned and executed to coincide with the inauguration of the International Fair of Peace and Progress in Santo Domingo. It had been hoped that the exposition would create favorable interest in the country on the part of American tourists. And it was precisely through the voluntary cooperation of the American press, through their lack of consideration and good faith, that the Galíndez drama was achieved.

The peoples of the Americas cannot continue this way, cloaked as they are in an atmosphere of conspiracies and outrages by the press against their governments. Nor should they be at the mercy of a public opinion without authority nor sovereign on this continent. New York is the center of this new filibusterism. Piracy, white slavery, the narcotics traffic and gangsterism are not the only international crimes. An even worse international crime is perhaps in intervening and obstructing the free will of a sovereign people, in smearing their form of govern-

ment and the good names of their leaders. Moreover, all of our internal legislation prohibits, as international crimes and offenses to the rights of free peoples, the recruiting of soldiers, the stock-piling of arms, the formation of plots, and the preparation of armed expeditions, and all similar activities, if that activity is directed against the government or leader of a foreign nation. Whoever violates those legislative provisions, cooperates actively in one of the principal objectives of Communism, which is, Herbert Brownell, Attorney General of the United States, said in a speech before the Inter-American College of Lawyers at Dallas, "in dividing our governments and in fomenting disconfidence and resentments between them". Here in the Americas is practiced what Durkheim called "undercover wars" between nations technically at peace. The internationalist Vespasiano Pella believed that it represented the chauvinism "of active elements" carried away by the spirit of patriotism. Bismark denounced such acts as the work of a "small minority" who personally benefited by differences between governments and wars between nations. We ourselves abide by the letter of the law. International crime is "all action or omission contrary to the ideal of the community of Nations and which violates the fundamental conditions of international order".

The examples of New York and Cuba in this regard show little regard for dignity, even less in an educational sense. The materialism of the press should not be allowed to exceed the limits established by treaty and law between nations. It is not well that America select as a model a Mr. Truman vomiting

hatred in the presidential campaigns of the United States. Democracy demands cultural and moral selection —a quality not possessed by the great North American dailies. Undoubtedly, as says Jackes Drien-court, propaganda is a new political force when it is used to guide and orientate public opinion in elevated and constructive channels. But unfortunately, utilitarian realism is above all other consideration in this regard, and as he says, "Interest is one of the most sensitive cords of the American soul". About Cuba we can say little. Far, very far from the words and ideals of Martí is political literature. And licentious use of words has stolen from them all their beauty and the spiritual force of the liberty of thought.

BN
FLU